

A través de PUEBLO, Hemingway envía un mensaje a un carterista

## «LE RUEGO LA DEVOLUCION DE UNA PINZA-BILLETERO»

“Pero puede quedarse con las 9.000 pesetas, en pago a su destreza”

Por  
Marino  
Gómez-Santos

Ha Hegado de Salamanca, y trae la barba crecida como un pope.

—Desde Valencia que no me la arreglan. Esta tarde iré a una barbería de aquí, del barrio, para que me quiten carga y me la dejen como a don Pio. Ahora vamos a tomar un trago.

Bajamos la escalera desde el “hall” al bar del Hotel Suecia, donde vive Ernesto.

—Ya sé que habéis salvado de milagro.

Ernesto no comprende bien así, de momento, hasta que le aclaro que me refiero al accidente de automóvil.

—Fue una buena faena de Davis. Y un milagro del Santo.

—¿De qué Santo, Ernesto?

—¡Es verdad! ¡Tú no sabes!... Fue un milagro de San Cristóbal.

Nos acercamos a la barra del bar. El barman le pone una botella de vino rosado.

—Tú tómate lo de siempre. Yo he dejado el whisky. Creo que no me hacía bien. Me he pasado ahora al vinillo éste.

Hablamos de mil cosas, de la aventura del matrimonio Hemingway y de sus amigos por tierras de España, de feria en feria para ver corridas de toros.

—Voy a contarte lo, de San Cristóbal.

Tiene la copa de vino rosado en la mano, y de vez en cuando se la lleva a la boca, colocándola entre la poblada barba blanca, que apenas le deja asomar los labios.

—Estando en Murcia, en el patio de caballos, me puse a firmar autógrafos, apoyado en una reja de hierro. Al entrar al callejón advertí que alguien me había sustraído la pinza. ¿No se dice así?

No sé a qué se refiere. Me mira con sus ojos azules de muchacho americano, con esa mirada de venado que mira a la Naturaleza.

—¿No se dice la pinza?

Mientras tanto, saca, efectivamente, una pinza para sujetar los billetes unos con otros y llevarlos, sin necesidad de billeteo, en el bolsillo.

—Sí, eso, la pinza.

—¡Yo estoy muy fuerte en castellano!

(Se ríe sin abrir la boca, pero haciendo estremecer toda su gran humanidad, y sobre todo su abultado estómago.)

Luego, como cuando bromea, me da una palmada en la espalda.

—Muy fuerte... El castellano lo tengo dominado...

Y vuelve a reírse como un simpático muchacho.

—La pinza tenía un San Cristóbal, que decía: “Llévame contigo y no tendrás peligro.”

De pronto sus ojos adquieren una veledura de tristeza.

—Me lo había mandado para las Navidades mi hijo Patricio, que es cazador profesional en Tanganyika.

Se tira de la perilla, mientras tiene la vista fija en la copa.

—El accidente de coche ha podido ser grave sin aquel San Cristóbal.

Le digo que vamos a reclamarlo por medio de esta conversación, publicada en las columnas de PUEBLO.

—¡Chico, cómo me gusta el periódico! Ahora, cuando me marche al rancho de Idaho, en los Estados Unidos, yo quiero que me suscribáis para estar en contacto con Madrid, con José Luis (Castillo Puche) y contigo.

Volvemos al tema del San Cristóbal.

—Di: “Ernesto Hemingway ruega la devolución de la pinza al apartado de Correos número 67 de Málaga.” Y puedes decir también desde el periódico que el carterista puede quedarse con el dinero (9.000 pesetas) por su destreza, aunque creo que ha abusado un poco.

Vuelve a reírse y a llevarse la copa de vino rosado a la boca.

—Sí. Yo creo que ha abusado un poco. Murcia es una bella ciudad, muy querida por mí. A pesar de lo del carterista, yo he pensado que puedo volver a Murcia y seguir firmando autógrafos sin peligro.

Hablamos de toros. Ernesto me muestra unas pequeñas heridas en la mano derecha.

—Estaba en el callejón y saltó el toro. Yo me metí en el burla-

dero de golpe... ¡Fue un trago bueno!

Quedamos un momento en silencio, y él, entretanto, mira al interior de la copa.

—Estoy seguro de que el carterista me devolverá el San Cristóbal. Yo conozco desde mi juventud tantos carteristas de oficio que estoy seguro que éste ha tomado por equivocación esta cosa familiar. ¿No se dice así?... No, no se dice “cosa”. Quiero decir regalo familiar. Bueno, pues estoy seguro de que me lo devuelve por correo.

Pero insiste en que esta reclamación no está relacionada para nada con Murcia.

—Di que es un carterista que se ha equivocado. Tengo muchos amigos en Murcia. Y allí hay un restaurante que debe ser el mejor de España. Para tu información te diré también que yo nunca llevo 9.000 pesetas a los toros. Ni 3.000. Mery cambió dólares para pagar el hotel, y luego salimos corriendo a los toros. Por esa razón solamente yo llevaba ese dinero. De los toros continuábamos a Ronda, al pueblo de Antonio, porque teníamos la corrida goyesca al otro día.

Hemos tomado ya algunas copas, y hay un ser impaciente y querido a quien hay que devolver a su casa para almorzar.

—Idos. Yo me quedo un rato.

Al decirle adiós, cuando está dándome una palmada de camaradería en la espalda, me dice al oído todavía:

—Yo no quiero llevar dinero, para que no sirva de tentación a los carteristas.

Y se queda riendo como un fauno joven.

(Foto, Gonzalo)



En Murcia, mientras firmaba un autógrafo, le fué sustraído este regalo de su hijo Patricio